

Tales son, caballero, mis sentimientos y mi antigua é inmutable conviccion.

Despues de haber leído esta carta, y vuelto á leer mi escrito, deplorareis, no lo dudo, el haber interpretado este último, sin haberlo leído todo entero; como tambien deplorareis, tengo la seguridad de ello, haber suministrado, contra vuestra voluntad, un pretexto á las calumnias de aquellos, que se complacen en sembrar divisiones en la Iglesia, en el momento mismo, en que ella tiene más necesidad de que sus hijos, y sus defensores permanezcan unidos.

Aceptad, caballero, mis afectuosos homenajes.

FÉLIX, obispo de Orleans.

(Journal de Florence, 4 de Noviembre 1874.)

Su Grandeza, Monseñor Dupanloup, se ha dignado dirigirme la carta siguiente, que con el mayor respeto, nos apresuramos á insertar:

Paris, 26 Noviembre 1874.

Muy Señor mio;

Habéis tenido por conveniente publicar algunos artículos, acerca de mi *Carta á M. Minghetti*, por los cuales no puedo menos de quedaros agradecido. Vos la habéis llamado una *defensa de la soberanía pontificia*: difícil fuera definiría mas acertadamente.

Me sorprende que un escrito, cuyo plan es tan sencillo, y cuyo sentido es tan claro, haya sido comprendido de un modo tan extraño, basta por ciertos periódicos religiosos de Italia.

¿Cuál no fué mi sorpresa, caballero, al leer en uno de esos periódicos un artículo, cuyo título era: el *Modus vivendi* propuesto por el obispo de Orleans!

Yo no he propuesto ningún *modus vivendi*, absolutamente ninguno. A lo más, podríase decir, que yo he indicado un *modus restituendi*.

Y, en efecto, como vos lo habéis perfectamente explicado, mi *Carta á M. Minghetti*.

no es, en el fondo, sino un puro silogismo, compuesto de dos *premisas*, y de una invencible *conclusion*.

A despecho de sus mas solemnes promesas, el gobierno italiano ha explotado, indigna é implacablemente, á la Iglesia Romana: *primera premisa*.

Estas explotaciones atañen al gobierno espiritual mismo de la Santa Sede: *segunda premisa*.

De ahí esta importante *conclusion*.

«La cuestion romana no está resuelta; los derechos de conciencia del mundo católico están violados; una causa de perturbacion moral inmensa se ha señoreado del mundo; y por consiguiente, es indispensable devolver al Papa su soberanía, para devolverle su libertad.»

Ved ahí la *conclusion* de mi escrito: no tiene otra.

Y en cuanto á una solucion *posible*, ved con cual condicion: con la condicion de que la Europa, comprendiendo tanto sus *deberes hacia el Santo Padre*, como los *derechos de conciencia* de los católicos, haga cesar, con una situacion, que no reparo en llamar *intolerable*, esa causa permanente de perturbacion moral, y de muy temibles complicaciones.

Y además, dije expresamente, lo que, por otra parte, habia yo extensa é invenciblemente demostrado en mi escrito contra el famoso folleto *El Papa y el Congreso*: «*Es inútil decir, que nada se puede resolver, de cúbr, ni hacer, sin el consentimiento y la decision del Santo Padre; y cuanto se hiciera sin él, y contra él, seria enteramente nulo.*»

Tal es, pues, el sentido exacto de mi escrito. Añádase, que, como vos lo habéis con razon advertido, el Santo Padre, no se ha equivocado, y la carta sumamente benévola que se ha dignado dirigirme, en prueba de su satisfaccion, es para mí la mas alta y mas dulce recompensa.

Aceptad, caballero, mi reconocimiento y afectuosos homenajes.

† FELIX, obispo de Orleans.

(Journal de Florence, 20 Noviembre 1874.)

LOS CATÓLICOS LIBERALES

EL JOURNAL DE FLORENCE.

Hemos vacilado algo, ántes de decidirmos á publicar la carta, que transcribimos á continuacion. El nombre respetable, que la firma, no nos permite dejarla sin contestacion; pero ¿debemos limitarnos á una contestacion privada, ó bien ocuparnos formalmente de ella en público? La gravedad de las acusaciones que dirige contra nuestro Diario—acusaciones, que, al parecer, son comunes á un grupo de *muchas personas*, segun se dice en la misma carta—nos han decidido á abrazar el partido de la publicidad. Quien quiera, que nos haga una advertencia, es amigo nuestro, aún cuando no llevase, como el autor de la carta, que nos ocupa, un nombre de los mas honoríficos y conocidos por su afecto á la Iglesia. Si, á nuestra vez, debemos advertirle, que se equivoca con respecto á nosotros, es porque tenemos la seguridad de hacerlo sin la menor sombra de rencor; y con un sentimiento de respetuosa simpatía. Esto sentado,—y supuesto, que la polémica no ha de agrisarse—tal vez no sea tiempo perdido el emplearlo en ella, máxime, si de los debates sostenidos con armas corteses, saltáran algunas chispas de verdad, que redundasen en provecho de nuestros lectores.

Roma, 14 de Noviembre 1874.

Muy Señor mio:

Ántes de mi llegada á Roma, este año, habia ya visto, con pesar, la actitud tomada por el *Journal de Florence* en ciertas cues-

tiones, especialmente con motivo del *Oremus*; y, en estos últimos dias, á propósito de la Carta de monseñor el obispo de Orleans. Desde que me hallo aquí, he tenido la ocasion de hablar con muchas personas, y creo hallarme en el deber, en calidad de lector vuestro, de advertiros, la mala impresion que causan diferentes artículos de vuestro periódico.

Seria de desear, sin embargo, que el periódico católico francés de Italia, caminase siempre sobre terreno firme, para merecer la confianza de las personas, que desean conocer los verdaderos ecos del Vaticano. Contemplan con el liberalismo, bajo cualquier forma que se presente, perjudicaria notablemente, á mi juicio, los intereses del periódico, é induciria á que incurriesen en error los que le consideran como órgano oficioso del Vaticano.

Sin duda, comprenderéis, señor Director, los motivos que me han inducido á tomar-me la libertad de escribirlos; y os ruego, que os dignéis aceptar la seguridad de mi más distinguida consideracion.

El Conde Y.

Esta carta ha sido dictada, á no dudarlo, por un sentimiento muy laudable: el temor de que no incurramos en las aberraciones del catolicismo liberal. Este temor, aun exagerado, es tan noble, que de ninguna manera puede ofendernos. Por el contrario, nos causa verdadera satisfaccion, que se nos haya proporcionado un motivo para

tranquilizar, sobre este punto, á nuestro respetable corresponsal. Aún antes de que Pío IX hubiese condenado, con toda la solemnidad requerida, los errores, tan perniciosos y detestables, de los católicos liberales, nosotros, no transigíamos ya con ellos, bajo cualquier forma que se presentaran. Cuantos nos conocen personalmente, no abrigan el menor temor acerca del particular; y para los que no nos conocen personalmente, ahí están nuestras obras, y la coleccion entera del *Journal de Florence* para tranquilizarlos enteramente.

Es verdad, que en esta coleccion figuran las últimas cartas sobre la cuestion del *Orenoque*, y el elogio de la carta á M. Minghetti por Mons. Dupanloup; empero, sumamente difícil nos parece, que en tales escritos, pueda hallarse la menor prueba de complicidad con los católicos liberales.

Las últimas fases de la cuestion del *Orenoque* ocurrieron, cuando yo mismo tomaba parte en la redaccion del periódico por causa de enfermedad. Nuestro corresponsal romano E., á quien habíamos pedido explicaciones, acerca de las negociaciones terminadas entre el Vaticano y el gobierno francés, no se fatigó en elegir las expresiones; y, en verdad, algunas de sus frases son deplorables. Si yo hubiera presidido la redaccion, de seguro no se hubieran insertado. No porque yo me arrogue el derecho de dictar la ley á quien quiera que sea; no; sino porque en el *Journal de Florence* nos hemos reunido un pequeño grupo de marineros, que nos auxiliamos mutuamente. Cuando uno de nosotros falta, por cualquier motivo, en su puesto, resultan, para la manobra, dos brazos y dos ojos de menos; y no puede dejar de resentirse de esa falta la direccion del buque, en medio de los escollos y arrecifes.

Pero, aun al través de las frases, que pudieron dar lugar á alguna equivocacion, era fácil comprender el verdadero sentido y las intenciones verdaderas de nuestro colaborador.—Se le ha hecho decir, que el Santo Padre habia pedido, que se retirase el *Orenoque*, siendo así, que él, el mismo, nuestro colaborador E. fue el primero en denunciar, algunos meses antes, todas las intrigas que se urdian por la diplomacia italo-bismarkiana, acerca de esta cuestion; y sobre la cual insistió repetidas veces, en vista de que su voz no habia encontrado, por desgracia, el eco que deseaba.

Cuando ya no hubo cuestion: cuando la solution fue un hecho consumado, lo único que podia hacerse era tributar homenaje al Papa, por la magnanimidad que habia manifestado, facilitando esa misma solution, á fin de no crear embarazos á la Francia. Y esto es lo que ha hecho, ó, á lo menos, lo que ha querido hacer. Si la palabra no ha expresado con toda fidelidad la intencion, si ella ha podido prestarse á interpretaciones erróneas, ciertamente es una desgracia; mas, de buena fe; ¡ha dado por ello motivo, para que se le considere como católico liberal!

En el tributo de elogios que yo he pagado á la *Carta á M. Minghetti* por Mons. Dupanloup, no descubro ni siquiera la posibilidad de acusarme, á lo menos, con apariencia de razon. El Papa, con veinte dias de anticipacion, mucho antes de que yo tomase la pluma, para explicar lo que á mi me parecia acerca de este asunto, dirigia á su autor un breve de felicitacion. No comprendo, como aquellos que quieren considerar el *Journal de Florence* como un órgano oficioso del Vaticano, «pueden ser inducidos á error» por el simple hecho de haber seguido yo las huellas del Santo Padre.

¿Cuál de las dos personas, la que elogió de acuerdo con el Papa una publicacion, ó la que censuró este elogio, es la católica liberal—esto es, la insubordinada á la Iglesia—? De seguro no será la que suponéis.

Se dirá, tal vez: «el Papa no ha elogiado la conclusion de Mons. Dupanloup.»—Tan poco lo ha elogiado el *Journal de Florence*: ha dicho, sí, que era inaceptable bajo el punto de vista de la Iglesia.—El Papa se propuso, tan solo, alentar y bendecir al obispo de Orleans por las verdades, cuyo eco resonó en los oídos de nuestros ministros.—Otro tanto ha hecho el *Journal de Florence*.—«El Papa no podia prescindir de dar gracias á Mons. Dupanloup; exigía la conveniencia, se mostrara agradecido á un obispo, que acababa de romper lanzas con sus enemigos.»—Si el Papa no podia faltar á este deber—mucho menos podia faltar el *Journal de Florence*, supuesto que él debe respetar muchísimo más que el Papa, á todos los obispos, sus maestros en la fe.

La *Unidad Católica* de Turin, no se ha limitado tan solo á recomendar la *Carta á Mr. Minghetti*, y á reproducirla en sus columnas, sino que se ha aprovechado de esta

ocasion, para recordar muchas otras publicaciones procedentes de un ilustre autor, y proclamarle uno de los más intrepidos campeones de los derechos de la Santa Sede; y, hasta ahora; no sé que se le haya ocurrido á nadie, ni siquiera sospechar, que M. el abate Margotti, director de la *Unidad Católica*, está dispuesto á pasarse con armas y bagajes al campo de los católicos liberales.

Las «muchas personas» á las cuales ha hecho mala impresion el artículo del *Journal de Florence*, acerca de Mons. Dupanloup, no han soñado siquiera, que esa mala impresion, para ser lógica, debia herir, de rechazo, la venerable persona del Papa, que nos ha dado el ejemplo del elogio. Que sí, por imposible, «esas mismas personas» pretendieran envolver en la misma condenacion de catolicismo liberal, al Papa y al *Journal de Florence*, nos consideraríamos tan honrados con una compañía tan angusta, que no conservaríamos el menor resentimiento contra nuestros detractores.

El Catolicismo liberal ha sido, con justicia, condenado por el Vaticano. Si existen todavía hombres de este partido, es preciso que se resignen á su triste suerte, y se pasen al campo de los enemigos de la Iglesia. Nosotros todos, fieles al Santo Padre, y á Jesucristo, somos católicos, apóstolicos y romanos. Tanto el sustantivo como el adjetivo, nos vienen de la Iglesia; y los hombres políticos del mundo moderno, nada pueden añadirles, ni quitarles. Pero la Iglesia, al condenar el catolicismo liberal, no ha formado ninguna lista de católicos liberales, ni ha encargado á nadie que la forme.

Es preciso, pues, desconfiar de los catálogos apócrifos, que circulan por el mundo.

Lo mejor, en esta ocasion, es juzgar los libros por lo que ellos contienen, y á los hombres por lo que hacen, sin atender á su pasado—que puede ser reparado por un noble arrepentimiento,—sin preocuparnos demasiado del porvenir—que puede ser testigo de recaídas. Si un católico se nos acerca, no inquiramos si ha pertenecido, ó no, al catolicismo liberal, ni le rechazemos, por el temor de que pueda pertenecerle mañana. Abrazémosle, y recibámosle como hermano: hé aquí el mejor modo de arrancarle del error, é inducirle á declararse por la verdad.

Imitemos á la Iglesia, siempre más dispuesta á perdonar, que á condenar; siempre inquebrantable en el terreno de las doctrinas, y clemente con los hombres; armada de rayos, contra el pecado, pero llena de compasion hacia el pecador, cuya vuelta á su seno es lo que más desea.

La reorganizacion del edificio social cristiano, y el triunfo de la Iglesia, que será su coronamiento, no puede verificarse sino por un inmenso movimiento de regreso de los hombres extraviados á las verdades eternas. Los fieles, pues, deben consagrar todos sus esfuerzos á conseguir este regreso, solicitarlo por medio de la oracion, sin perder nunca de vista este fin supremo en todos sus actos. Impedirlo y ponerle trabas con un exclusivismo arbitrario, de que la Iglesia no nos ha dado nunca ejemplo, es retardar esa grande restauracion, por la cual suspiramos tanto tiempo hace.

Lejos, muy lejos de nosotros la idea, de censurar en lo más mínimo á los católicos, que, en este punto opinen de un modo diferente del nuestro; nuestro objeto no es otro que explicar nuestra conducta, y tranquilizar á las personas, que—impulsadas por una tierna solicitud, que agradecemos en gran manera—tienen alguna aprension, y temen, «que nosotros no caminemos sobre un terreno bastante firme.»

Tales aprensiones son más que justificadas, si se considera nuestra debilidad y la escasez de medios intelectuales de que disponemos. Empero, penetrados del sentimiento de una desconfianza, harlo legítima, de nuestras propias fuerzas, hemos buscado un abrigo seguro, el del Vaticano. Después de habernos consagrado en cuerpo y alma á la defensa de nuestra madre la Iglesia, solo en ella, y en sus luces, nos inspiramos. Nadie, como nosotros, está más sujeto á cometer faltas; pero tampoco nadie, como nosotros, está más seguro de su doctrina, porque nuestra doctrina es la de la Iglesia.

Ciframos nuestra felicidad, nuestro consuelo y nuestra gloria, en seguir al Papa por doquiera que vaya, y aun, é inclusivamente—si Dios nos ayuda con su gracia—hasta el Calvario, y el suplicio de la cruz. Esta resolution sostiene nuestra debilidad, alumbra nuestra pobre inteligencia, transforma en valor nuestra natural cobardía. Sin el Papa y sin la Iglesia, nada seríamos nosotros; pero

con el Papa y la Iglesia, somos invencibles (1).

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 18 de Noviembre 1874.)

El Padre Santo ha dirigido el siguiente Breve á Monseñor el obispo de Montpellier:

Pio P. P. IX.

Venerable hermano, salud y bendición apostólica.

Lo que nos decís en vuestra carta, fechada el 17 de este mes, al saber por la lectura de los periódicos, la orden de retirarse, comunicada al buque francés que se hallaba estacionado en las aguas de Civitavecchia, nos ha permitido apreciar vuestras perfectas disposiciones por lo que mira á Nos, y vuestro celo por la causa de la Sede apostólica. Es para Nos un motivo irresistible para proclamar, con entera benevolencia y afecto, vuestro amor y vuestro afecto fraternal hacia Nos.

En cuanto á lo que Nos decís, no debéis ignorar, venerable hermano, que cuanto más nos falten los socorros humanos, más nuestra esperanza se eleva hacia Dios, en cuya potestad todas las criaturas están colo-

(1) Aceptamos, de todo punto; todas las ideas consignadas, en el artículo anterior; por el, hoy día; *célebre*, M. Juan Esteban de Camille; y lo firmáramos, con nuestra sangre: dispuestos á los mismos sacrificios que él, si estuviere de Dios!

N.

(Barcelona, 1.º de Diciembre 1874.)

cadás, y que, habiendo prometido estar con su Iglesia, hasta la consumacion de los siglos, no consentirá, que su proteccion nos falte en las grandes pruebas por que atravesamos.

Que nuestra confianza en Dios, venerable hermano, sea pues siempre inquebrantable; porque Dios no permite que aquellos, que esperan en él, queden confundidos. Pidámosle con fervor, que dé á todos los espíritus la luz y la gracia, á fin de que todos, en medio de las densas tinieblas, que nos rodean, puedan conocer lo que es justo, y tengan la fuerza y valor de cumplirlo.

Nos recibimos, con un sentimiento afectuoso y particular á vuestra consideracion, ese sincero homenaje, que nos habeis expresado en términos tan satisfactorios, en nombre de vuestro clero y de vuestros fieles; y, á nuestra vez, os expresamos nuestro vivísimo reconocimiento por la atencion que habeis puesto en procurarnos este consuelo. Rogamos al Dios Omnipotente derrame con efusion, sobre vos, y todo vuestro rebaño, las riquezas de su bondad, y anhelamos que la bendicion apostólica, que á vos, venerable hermano, á todo vuestro clero, á vuestros fieles, enviamos, os sea prenda de nuestro tierno cariño.

Dado en Roma, en San Pedro, el 31 de Octubre de 1874, el año veinte y nueve de nuestro pontificado.

Quiero que sepáis, venerable hermano, que Nos no hemos manifestado deseo alguno, para obtener que se retirara el buque, de que hemos hablado anteriormente. Dicho sea esto, contra las falsas aserciones, maliciosamente divulgadas por el órgano de varios periódicos.

Pio P. P. IX.

(*Journal de Florence*, 20 de Noviembre 1874.)

MEETING CATÓLICO EN LONDRES

DISCURSO DE MONSEÑOR NARDI

SOBRE LA SITUACION DE LA IGLESIA.

Hace algunos días, un Prelado romano, muy conocido por su afecto á la Santa Sede, monseñor Nardi, pronunció en Liverpool, en una numerosísima Asamblea católica, el siguiente notabilísimo discurso, acerca de la situacion general de la Iglesia. Es una magnífica oracion, que merece, por cierto, toda la atencion de los fieles, e insertamos á continuacion.

No puedo disimular mi turbacion, como extranjero, al dirigirme á una Asamblea tan respetable; pero es imposible declinar la invitacion de vuestro venerable y querido Prelado, y rehusar la honra de hablar á los devotos, á los piadosos, á los celosos católicos de Liverpool.

Dije, que era extranjero, y no es exacto. Un sacerdote, que tiene el privilegio de permanecer al lado del Padre Santo, no es extranjero para vosotros, queridos católicos de Liverpool. Por mas que su residencia esté lejos, y que su lengua difiera de todo punto de la vuestra, un Prelado romano no es extranjero aquí. Todos somos miembros de una sola familia, hijos todos del mismo Padre, que está en los cielos, y de un mismo Padre en la tierra, nuestro amado, nuestro santo Pontífice Pio IX.

Le he dejado, hace tan poco, que desearéis, sin duda, os hable ante todo, de él: así será. Pero permitid, que antes os dirija al-

gunas palabras sobre la situacion de la Iglesia católica, centro de nuestro amor y de nuestra esperanza.

Nuestra Iglesia, bien lo sabeis, queridos hermanos; está cruelmente perseguida en gran numero de Estados de Europa y de América del Sur. Inútil es que me empeñe en probarlo, cuando los hechos son conocidos de todo el mundo. No os digo, que en Rusia y en Polonia, obispos eminentes y muchos sacerdotes venerables, han sido desterrados á la frontera asiática, y que clérigos infieles han sido colocados en su lugar; que legos dignísimos son tambien vejados, y que infelices campesinos han sido fusilados, sin que se les pueda echar en cara otro delito, que su resistencia á abandonar nuestra fe.

En Prusia, cinco heroicos Obispos, y 1081 sacerdotes gimen en las cárceles, y están condenados á pagar exorbitantes multas; y no se cuentan personas de ambos sexos, pertenecientes á las clases acomodadas, expian de diferentes maneras su firmeza y amor á la Religion: empleados á quienes se ha declarado cesantes en sus destinos, han sido enviados á las fronteras; y, por último, multitud de iglesias, ó han sido cerradas, ó arrebatadas á la jurisdiccion católica.

En Suiza, en otro tiempo, el pais de la libertad, vemos á un Obispo en el destierro, despojado otro de su legitima Sede, y 90 párrocos obligados á huir de sus casas y de su patria. Los pobres católicos son despoja-